

# Vivir con el alma aferrada a un dulce recuerdo que lloro otra vez

Gessica Giohanna Espejo Velásquez

Licenciada en Español y Literatura, gessica323@gmail.com

*Nada, ahora también yo hablo con Carlitos onde pueda, mi compañero de pieza. O de calle, solo él me va quedando, pa oír tangos no se necesita compañía: uno se mete en ellos como en una cama a descansar o a morir, ¿no?, a lo mejor lo dijo don Bernardo. Entiendo ahora que es la música de la soledad, pero nadie está solo si aprendió a oír tangos.*

(Manuel Mejía Vallejo, *Aire de tango*)

<sup>1</sup> Rodrigo Pareja (comp.), *Late un corazón. Tangos memorables* (Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2001), 355.

<sup>2</sup> Manuel Mejía Vallejo, *Aire de tango* (Bogotá: Seix Barral, 2023), 27.

*Volver* es quizás uno de los tangos más conocidos e interpretados. La letra de este tango fue compuesta por Alfredo Le Pera y la música, por Carlos Gardel, una de las voces más entrañables de este género musical. Fue interpretada por primera vez en la película *El día que me quieras*, en el año 1935<sup>1</sup>, el mismo año en el que estos dos músicos murieron en Medellín, en un accidente aéreo; canción interpretada por El Zorzal Criollo tan solo unas semanas antes de aquel fatídico 24 de junio de 1935, “el día de los avionazos, el día negro de Gardel y Le Pera”<sup>2</sup>, como diría Ernesto Arango, el narrador de la novela *Aire de tango* (1973), del escritor antioqueño Manuel Mejía Vallejo (1923-1998).

Los versos de *Volver* hablan del regreso, de ese destino inquebrantable que de algún modo nos va llevando hacia el pasado: “y, aunque no quise el regreso, siempre se vuelve al primer amor”, porque “[...] el viajero que huye tarde o temprano detiene su andar”. Y ese ayer lejano y ese mirar atrás están marcados por la tristeza, por “hondas horas de dolor” y por el miedo que implica el “[...] encuentro con el pasado que vuelve a enfrentarse con mi vida”. Este fue uno de los primeros tangos que escuché hace ya varios años, cuando me encerraba en el cuarto a escuchar una música hasta entonces para mí desconocida, que traía consigo

la promesa de una infancia perdida, la infancia del abuelo. Y siempre ha sido para mí uno de los tangos más queridos y sentidos. Sin embargo, escuchar esta canción después de conocer la historia que se va entrelazando, trago a trago, en la novela *Aire de tango* es una experiencia nueva. Después de pasar horas sentada escuchando el monólogo de Ernesto Arango, de agudizar el oído para ir conectando cada una de sus historias, los versos de *Volver* se presentaron ante mí con un sentido renovado.

Y es que leer *Aire de tango* fue para mí como estar escuchando, en la barra de un bar, a un hombre ya viejo, que con nostalgia recuerda su pasado. Ese hombre se llama Ernesto, un campesino de Balandú que llegó a Medellín, específicamente al barrio Guayaquil, lugar donde conoció y se hizo amigo de Jairo, el protagonista de sus historias, y de otros personajes, como el profesor Juana Perucha o don Sata. Mientras escuchó la voz de este narrador, en medio del ruido de copas y voces ininteligibles y de la mirada de los otros clientes, suenan de fondo tangos que, de una u otra forma, se van mezclando con los recuerdos de Ernesto. Y él va cantando versos, en medio de su relato marcado por una mezcla de emociones: nostalgia, tristeza, en algunos momentos alegría, desilusión.

Estas referencias al tango se presentan de manera explícita en la obra: *Cuartito azul, El choclo, Caminito, Mi noche triste, ¡Qué va cha ché!, Dios te salve m'hijo, Percal, Tomo y obligó, Puente Alsina*, solo por nombrar algunas de las muchas canciones que el narrador va mencionando en medio de su discurso. Y no solo son las canciones, también en la novela Ernesto hace referencia directa a compositores y músicos del tango, como Astor Piazzolla, que cuando niño conoció a Gardel, Aníbal Troilo, reconocido bandoneonista, o Enrique Santos Discépolo, uno de los compositores más notables de este género musical, quien dijo que el tango “es un pensamiento triste que se baila”<sup>3</sup>. Sin embargo, lo importante en esta novela no es solo ese conocimiento sobre el tango que se percibe a simple vista a lo largo de toda la historia, lo relevante es que a medida que se avanza en la lectura de la novela una va descubriendo que Manuel Mejía Vallejo no solo sabía de letras y autores, sino que comprendía el sentimiento que se esconde en cada uno de los versos del tango, sentimiento que marca a los personajes y que le permite a Ernesto Arango narrar la historia de esa Medellín mezquina y oscura, de cafés, bares, callejones, soledades, frustraciones e imposibilidades.

Por esto puedo decir que para mí leer *Aire de tango* fue casi como estar escuchando, en un bar, a Ernesto, porque la música no es una referencia más, un ornamento; la música, página tras página, copa tras copa, adquiere un sentido profundo, es el compás de fondo a partir del cual se revive el recuerdo, y sin ella la historia de los personajes de esta novela no sería la misma. Ernesto recuerda sus amores, habla de Eduvigis y de la Cortucha, reflexiona sobre La Violencia, recita versos de tangos, evoca con verdadero sentimiento a sus amigos, cuenta la historia de las mujeres que llegaron a Guayaquil con el alma marcada por la soledad y la tristeza, menciona películas, narra sus historias en el campo, riñe en contra de lo que él llama el ensanche de la ciudad: “Las calles no son las mismas, ¡nos comió el ensanche! A uno le quitan sus sitios, en esta edad es como si lo remataran”<sup>4</sup>... y todo esto lo hace el personaje en una noche, en un bar, con música de fondo, con quienes al parecer son unos desconocidos, y en lo que

podríamos llamar la última curda de Ernesto:

Lastima, bandoneón, mi corazón  
tu ronca maldición maleva.  
Tu lágrima de ron me lleva  
hacia el hondo bajo fondo  
donde el barro se subleva.  
Ya sé, no me digás, ¡tenés razón!  
La vida es una herida absurda,  
y es todo, todo, tan fugaz,  
que es una curda, nada más,  
mi confesión.

[...]<sup>5</sup>

Visto de este modo, Ernesto no es solo Ernesto y su historia no es solo su historia y *Aire de tango* no es solo el relato imaginado por un escritor. Ernestos hay muchos; hombres y mujeres que podrían estar en el Salón Málaga, en Homero Manzi, en Adiós muchachos, en el Kaiser o en El Viejo Almacén contando sus historias, otras historias, tratando de conjurar la soledad, la pena, la tristeza. Además, el relato de este personaje constituye la historia de una ciudad, de los hombres y de las mujeres que llegaron del campo a Medellín y que vieron

cómo sus ilusiones se desvanecían y cómo la ciudad iba creciendo a sus espaldas. Porque eso es *Aire de tango*, la historia de una ciudad nocturna y sórdida, una ciudad que se cuenta en los bares y en las letras de tango.

Escuchar a Goyeneche, a Julio Sosa o a Gardel es, después de leer la novela, escuchar también fragmentos que hacen referencia a lo que sucede con los personajes de *Aire de tango*. *Sur*, por ejemplo, dice:

Las calles y las lunas suburbanas,  
y mi amor y tu ventana,  
todo ha muerto, ya lo sé.

[...]

Nostalgias de las cosas que han pasado,  
arena que la vida se llevó,  
y pesadumbre del barrio que ha cambiado,  
y amargura del sueño que murió.<sup>6</sup>

Versos que remiten a esa nostalgia que siente Ernesto, cuando les cuenta a sus interlocutores que las calles y el barrio ya no son los mismos, que incluso la única persona que le quedaba, Santiago, ese último amigo, ya no está: “[...] ni con quien hablar

<sup>3</sup> Ernesto Sábato, *Tango discusión y clave* (Buenos Aires: Editorial Losada, 2005), 11.

<sup>4</sup> Mejía Vallejo, *Aire de tango*, 226.

<sup>5</sup> Tango *La última curda*. Letra de Cátulo Castillo. Música de Aníbal Troilo.

<sup>6</sup> Letra de Homero Manzi. Música de Aníbal Troilo.

encuentro”<sup>7</sup>, dice el narrador, quien siente que esa soledad, ese abandono, es también una muerte, sentimiento que me hace pensar en los versos de la canción *Uno*: “Déjame que llore como aquel que sufre en vida la tortura de llorar su propia muerte”, “uno está tan solo en su dolor, uno está tan ciego en su penar”<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Mejía Vallejo,  
Aire de tango,  
226.

<sup>8</sup> Letra de Enrique  
Santos Discépolo.  
Música de Mariano  
Mores.

<sup>9</sup> Mejía Vallejo,  
Aire de tango,  
39.

<sup>10</sup> Letra de  
Enrique Cadícamo.  
Música de Aníbal  
Troilo.

<sup>11</sup> Mejía Vallejo,  
Aire de tango,  
30.

<sup>12</sup> Ibid., 96.

<sup>13</sup> Ibid., 132.

Ernesto, como Pascasio o Jairo, son personajes solitarios, que habitan la noche, sin esperanza, golpeados por la vida, por los otros, por ellos mismos, con miedo a reconocerse, a ser quienes realmente quisieran ser, personajes abandonados, que se visten de guapos para esconder su cobardía, su orfandad; personajes que viven el fracaso, que no son tenidos en cuenta por la gran ciudad. Ernesto lo explica así:

Por otra parte todos estábamos desengaños, no había modo: uno quiso estudiar, el otro buscaba ser torero o boxeador, o chofer de un gran camión de carretera, o presidente de la República o santo; o siquiera ganarse decentemente la sopa. Si averiguara a estas gentes... Pero uno pasa al lao y ni mira ni se interesa, que cada cual remienda sus retazos.<sup>9</sup>

La música, la noche, la conversación en el bar o en el café son, quizás, formas de habitar las calles de esa ciudad hostil, por la que caminan hombres desengañados, siempre solos, siempre aparte, como dice el tango *Garía*: “Y yo voy, como un descarte, siempre solo, siempre aparte, recordándote”, en medio de esas noches llenas “de hastío y de frío”<sup>10</sup>.

Carlitos Gardel se convierte, en medio de estas circunstancias, en el ídolo de Jairo, el protagonista de *Aire de tango*. Es la figura a la cual decide seguir, a la cual decide buscar, como una forma de buscarse a sí mismo, de entender su lugar en el mundo o, tal vez, de darle un sentido más poético y mítico a su habitar los espacios de la Medellín en la que le tocó nacer y morir. Claramente, esta relación que se establece entre Jairo y Gardel es una representación de la importancia que tiene este cantante para Medellín y para muchos de los amantes del tango. Pero, para Jairo, seguir a Gardel, admirar su figura, hablarle como si aún viviera y verse identificado en su historia de

silencios y misterios debió ser la única forma que encontró para lidiar con su desamparo, con su tristeza, con esa imposibilidad de encontrarse: “Jairo se emocionaba como si estuviera averiguando su propia historia. Nadie la sabía, creo que él tampoco la sabía, a lo mejor nunca quiso averiguarla, confundiéndose con El Mago”<sup>11</sup>. Después, Gardel será también lo único que le quedará a Ernesto.

Pero estas historias del arrabal no son solo las de los hombres, también son las historias de las mujeres que llegan a Guayaquil y deben resistir y sobrevivir en medio de condiciones injustas, indignas, violentas y desiguales, claramente historias contadas desde la mirada de Ernesto, la mirada masculina. Es el caso de Nohra, personaje de *Aire de tango*, quien un día llega a la ciudad buscando una sonrisa para olvidar las penas:

Se metió a la mala vida porque desde que nació le cayó la mala y la cansó la miseria y el acoso, no podía ver sufrir, no podía ver sangre, no podía ver necesidades ni lloros, reír pa no joderse, olvidar, tocar cascabeles contra los paredones. [...] Meniaba el cuerpo y a echar al piano la moneda regalada, ellas no tenían otro camino, poquito había pa escojer.<sup>12</sup>

Nohra vive en su Chocó natal la pobreza, el no tener para comprar arroz y panela, mientras su padre se gasta en aguardiente los pocos pesos que se gana, y llega a Medellín y se encuentra con un mundo oscuro en el que su situación no va a mejorar: mujeres maltratadas, golpeadas, rifadas, silenciadas, niñas abusadas, obligadas a complacer “al viejo sinvergüenza”<sup>13</sup>, desamor, soledad, desarraigo. Las mujeres también hacen parte de los recuerdos evocados por Ernesto; también hacen parte de la historia de esa Medellín que fue creciendo, en cuyas calles de arrabal se escondía el dolor de algunos seres olvidados; y las mujeres también hacen parte del tango, cantantes como Libertad Lamarque, Adriana Varela y Elba Berón, o historias como la de *Malena*:

Malena canta el tango como ninguna  
y en cada verso pone su corazón.  
A yuyo del suburbio su voz perfuma.  
Malena tiene pena de bandoneón.  
Tal vez allá en la infancia su voz de alondra



Dora Ramírez, “De la serie Mitos. Carlos Gardel”, acrílico sobre lienzo, 1974, Colección Museo de Antioquia, usada con autorización de la familia. Fotografía de Carlos Tobón

tomó ese tono oscuro de callejón,  
o acaso aquel romance que solo nombra  
cuando se pone triste con el alcohol.  
Malena canta el tango con voz de sombra,  
Malena tiene pena de bandoneón.

[...]<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Letra de Homero Manzi. Música de Lucio Demare.

<sup>15</sup> Mejía Vallejo,  
*Aire de tango*,  
243.

<sup>16</sup> Ibid., 217.

Entre la novela y las letras del tango existe una estrecha relación que da cuenta de la forma como las historias de los personajes y de Medellín se van desarrollando a lo largo del relato de Ernesto Arango, por eso esta lectura en clave musical. Los versos que he citado hasta aquí se relacionan con la vida nocturna de los personajes de *Aire de tango*. Y en otras canciones también se pueden encontrar ecos del sentir de estos personajes, es el caso de *Qué me van a hablar de amor, Arrabal amargo, Caminito, Melodía de Arrabal*, entre otros tangos que me gustaría citar en este texto; pero sin duda la canción que considero que guarda dentro de sí el lamento de Ernesto es *Volver*, su último tango, el tango del hombre que, con la “frente marchita”, vive con el alma aferrada a un dulce recuerdo que llora otra vez: “Arden. Los cierro y allá está, los abro y allí está. Los entrecierro y allí están sus ojos verdes y su pelo crespo y su vida que no se me quiere ir de la mirada”<sup>15</sup>. ¿A quién recuerda Ernesto con tanta insistencia, con tanto dolor y admiración? ¿Por qué el narrador en su monólogo se aferra a ese pasado de cuchillos y peleas? ¿Qué secretos guarda? Hay que leer hasta la última página para entender sus reminiscencias.

Hoy, 50 años después de la publicación de *Aire de tango*, considero que esta novela le sigue comunicando algo al lector: la historia de una ciudad, de un país, del campo, las historias de hombres y mujeres que tuvieron que abandonar el río, la montaña, los animales, la plaza... para habitar una ciudad que no siempre fue amable, de calles oscuras, duelos, muertes, bares... Además, es una novela enriquecida no solo por las referencias al tango, sino también por el bambuco, la poesía, el arte, el cine, la oralidad, así como por las referencias que Manuel Mejía Vallejo hace a su propia obra, como es el caso de *La casa de las dos palmas* (1988).

Cuando me acerqué por primera vez a *Aire de tango* sentí que sus páginas guardaban para mí una historia cercana, dado mi gusto por el tango, y no estaba equivocada. *Escuchar* a Ernesto Arango fue como mantener una conversación con alguien que a sus 60 años tenía algo para contarme, algo relacionado con la historia de este país. Y su relato me llegó en medio de los tangos que él mismo cantaba y de otros tangos que iban llegando a mi memoria. Esta novela me hizo volver a la imagen del tío que en las reuniones familiares inventa historias fantásticas, las cuales cuenta como si pertenecieran completamente a la realidad; a la máquina Singer con la que muchas madres le dieron de comer a sus hijos e hijas; a las historias de los hombres y mujeres que en la música encuentran un espacio para vivir. Y página a página pude escuchar el tango, el tango que “cuenta lo de uno mismo”<sup>16</sup>, que narra el pasado. ■



Juan Manuel Echavarria y Fernando Grisalez,

serie De qué sirve una taza, 2014-2023